

Adrián A. Aguilera A., de la Newman Society

«MEMORIAS»

La vida de la Santísima Virgen María

Hope Press

«MEMORIAS»

La vida de la Santísima Virgen María

Adrián A. Aguilera A.

«MEMORIAS»

La vida de la Santísima Virgen María

Primera edición
Enero de 2024

Memorias de Nuestra Señora

© The Newman Society, 2024

© Hope press
C. Constitución de 1957, 122B, Frac. Revolución
Tel. (+52) 33 4530 2258

ISBN: 978-607-29-5218-8
Impresión y encuadernación:
GP Soluciones Impresas S. A. de C. V.
Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal.,
C. P. 44280
Printed in Mexico - Impreso en México

Todos los derechos reservados
No está permitida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, tratamiento informático, distribución, comunicación pública y transformación de este libro sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Con muchísimo cariño dedico este pequeño libro a un sencillo y humilde colaborador de la viña del Señor, BENEDICTO XVI, cuya luz sigue iluminando mi vida. Y también al SANTO PADRE FRANCISCO, cuyo infatigable celo apostólico constituye un impulso para mí y los míos.

A nuestros amigos de siempre y, de manera especial, a nuestros nuevos amigos del Frac.

ÍNDICE

Presentación de Lydia jiménez	9
Nota introductoria	13
Memorias	15
«Llena de Gracia»	17
«Esclava del Señor»	25
«Madre de Dios»	43
«Signo de contradicción»	49
«Mi Padre y Padre de ustedes»	61
«Hagan lo que Él les diga»	77
«Una espada traspasará tu alma»	97
«He ahí a tu madre»	119
«Me llamarán bienaventurada»	135
«¿No estoy yo aquí que soy tu madre?»	153

PRESENTACIÓN DE LYDIA JIMÉNEZ[1]

El profesor Adrián Aguilera me ha invitado a presentar esta obra que el lector, que imagino joven, tiene entre sus manos, aunque cualquiera pueda leerla con provecho. Comparto con el autor el amor a la Santísima Virgen María, y agradezco la oportunidad porque he podido, entre los primeros, sumergirme en su lectura. Confieso que me ha emocionado. Leer y hablar, pensar y escribir de la Madre de Dios es tarea siempre incoada y nunca concluida por parte de la Iglesia de la que formamos parte junto con Ella. Porque ya San Bernardo popularizó la expresión "*de Maria nunquam satis*". En efecto, nunca alabaremos lo suficiente a la "bendita entre todas las mujeres" (Lc 1, 42), ni acabaremos de ahondar en su misterio. Esta es la razón por la que la lectura de estas páginas, que abordan una historia ya mil veces tratada por otros autores desde distintas perspectivas, nos resulte fresca y original. El autor ha percibido con acierto que de este "pozo de Jacob" siempre se puede sacar agua para calmar la sed de nuestros corazones.

Quisiera destacar el método que ha usado el autor y que, inevitable y suavemente, impregna toda la obra. Con sencillez lo confiesa en su Nota introductoria, y me atrevo a sospechar que, aunque no lo hubiera confesado, también lo percibiría el lector: estas páginas son fruto sabroso de la contemplación. Me ha llenado de alegría que concretamente mencione el rezo del Rosario como el germen inicial de este libro. ¡Qué acierto!¡Qué mensaje para todos y especialmente para los jóvenes lectores! Es que el Rosario es una oración contemplativa, la oración contemplativa por excelencia para la gente corriente que

[1] Lydia Jiménez González es cofundadora y directora general del Instituto Secular Cruzadas de Santa María, Presidenta de la Fundación Universitaria Española, Presidenta del Consejo Directivo de la Universidad Católica de Ávila.

no tenemos los muros protectores de los monasterios y vivimos en el frenético ritmo de este mundo que nos encandila con su policromía.

La contemplación, pues, está en el origen de esta obra, ha sido el camino —o método, que dirían los griegos— que el autor ha seguido para redactarla y aspira, me atrevo a decir, a ser el clima en el que debe ser decodificada por los lectores. Cuando el profesor Aguilera rememora la génesis de su obra, evoca las semanas de retiro en las que puso orden y redactó las intuiciones espirituales que había ido recibiendo al compás del rezo del Rosario y dice de ellas que han sido unas de las semanas más hermosas de su vida.

Desde estas líneas invito a los lectores a entrar en sintonía con el autor y con el libro, con la Virgen y con el Señor protagonistas de estas Memorias, unidos ambos inseparablemente, a través del rezo del Rosario. Porque, como diagnosticó sabiamente san Juan Pablo:

> "El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. ¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? Lamentablemente, conocemos muy bien la respuesta. Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad"[2].

La lectura reposada seguida de espacios de silencio contemplativo pueden ayudar a los que se acerquen a estas páginas a vivir también una experiencia de alegría. ¿Qué alegría más pura, entrañable, vigorosa y permanente que el re-descubrir que tenemos en María una madre, ¡y qué madre!, solícita y amorosa? Los que la acompañen a lo largo de estas páginas sentirán crecer la alegría porque Ella es compañera en el camino de la vida

---

[2] Juan Pablo II, 3-V-2003.

que nos precede, nos guía, nos fortalece y protege con su poderosísima intercesión. Ella nos lleva una y otra vez a Jesús y por Jesús a la Trinidad, tan presente en este libro.

No puedo terminar sin hacer referencia al relieve tan singular que el profesor Aguilera ha dado a la figura de san José. Me ha parecido uno de sus mayores aciertos. El rostro y el corazón, la conciencia y el alma de José se materializan ante nuestros ojos con toda verdad, ensalzando la grandeza y la humildad del mayor de los patriarcas. Bien podría ser objeto de un librito independiente en el futuro. Todas las referencias al esposo de María y padre legal del Señor tienen una unción y una originalidad que las hacen especiales. Bien se echa de ver que el autor ha sido agraciado en su contemplación para poder profundizar con tanta belleza, verdad y sencillez en esta figura que forma con Jesús y María, la trinidad de la tierra.

Espero que estas Memorias lleguen al corazón de muchos lectores, jóvenes o no, para que el propósito del autor, de provocar una actitud de obediencia filial a la voluntad de Dios, para poder ser, como María, testigos de Jesús y misioneros de la alegría, llegue a ser una feliz realidad. Termino de pergeñar estas líneas en la fiesta de la Virgen del Rosario a la que encomiendo el fruto espiritual de su lectura.

Lydia Jiménez González

Presidenta del Consejo directivo de la Universidad católica Santa Teresa de Jesús de Ávila.

NOTA INTRODUCTORIA

El relato que encontrarás a continuación constituye un ejercicio muy osado, lo pongo a tu disposición con la esperanza de que nunca resulte atrevido o irrespetuoso. Entre los elementos que lo constituyen son muy escasos los que un servidor ha aportado.

Estas «Memorias» de la Santísima Virgen se fueron gestando, por así decirlo, durante el rezo del Rosario. Con el paso de los días y a medida que se iba sucediendo la meditación de los distintos misterios de la vida de Cristo, contemplándolos con los ojos de María, fui descubriendo una especie de velada "biografía espiritual" de nuestra Señora. La presencia permanente de María al lado de su Hijo fue el hilo conductor que me permitió asomarme también al misterio de Jesús y a la vida de la Iglesia naciente.

Por ese camino pude aproximarme a algunos de los acontecimientos y misterios centrales del cristianismo. Los días previos de preparación y luego unas semanas de retiro me dieron la ocasión para ampliar los márgenes de ese primer acercamiento. Me propuse repasar aquellos mismos pasajes del Nuevo Testamento que en los meses anteriores había hecho objeto de mi meditación durante el rezo del Rosario: "ábreme, Señor, la puerta de tu palabra, y permíteme asimilar tus sentimientos".

Movido por un impulso interior decidí asumir el reto de poner orden y plasmar por escrito aquellos pensamientos, y eso ha dado lugar a unas de las semanas más hermosas de mi vida. Fueron días de oración, en los que con mucha insistencia suplicaba a Nuestra Señora que me narrara y me introdujera en la vida de Jesús, y que me permitiera contemplar y aprender también de su propio corazón, a la vez de madre y de discípula. Durante esas jornadas repetía mucho esta sencilla oración: «Madre si me prestas tus ojos para contemplarle, préstame también tu corazón para amarlo».

Hasta donde haya logrado mi objetivo es tarea del lector ponderarlo. Lo único que yo puedo asegurar es que para un servidor ha sido un ejercicio sumamente provechoso. Contemplar la obra que Dios ha realizado en María a través de estas páginas puede contribuir a que se suscite en nosotros el mismo deseo de que el Espíritu Santo opere en cada uno aquella misma identificación con Cristo, muerto y resucitado, que es la auténtica condición de todo compromiso a favor del Evangelio.

La esencia del cristianismo no es una idea, ni una serie de exigencias morales, sino una Persona. Por medio de sus Memorias, Nuestra Señora nos acompaña a través de estas páginas en la ruta de la contemplación del acontecimiento Jesús, su vida y misterio. Se trata de una auténtica introducción al cristianismo, que puede servir tanto a los que sin compartir nuestras convicciones se preguntan en qué creemos los cristianos, como a nosotros que alimentamos el deseo de dar razones de nuestra esperanza a los que nos lo soliciten.

El contexto original para el que fueron pensadas estas memorias era un libro con una selección de textos de san John Henry Newman sobre la Bienaventurada Virgen María, concebido originalmente en función de los jóvenes de la Newman Society, de ahí también el que se haya puesto en boca de Nuestra Señora alguna alusión y un mensaje de esperanza que, aunque dirigido en primer lugar a ellos, puede ciertamente ayudar a todos.

A medida que se fue abultando el material e incrementándose el número de páginas caímos en la cuenta de que estábamos asistiendo al nacimiento de un libro independiente, mismo que les ofrecemos con la ilusión de contribuir a que en todos crezca el deseo de amar, invocar e imitar a Nuestra Señora.

Memoria de María, Madre de la Iglesia (29-IV-2023).

MEMORIAS

Querido hijo,

Mucho me has insistido desde hace tiempo que te cuente algunos pormenores de mi vida. Bastante lo he considerado. Al ver tus sinceros deseos de unirte en mi alabanza al Dios Todopoderoso cuya gloria proclaman todas las maravillas que ha hecho en mí, he decidido acceder a tu petición. Tú y yo somos conscientes que hay regalos que no se pueden exponer a la vista de cualquiera, y que hasta la más pequeña motita de polvo puede empañar la hermosura de una joya de gran valor, por eso es que siempre somos tan reservados respecto a las comunicaciones que recibimos de parte de Dios.

Cualquier regalo habla más de la generosidad y grandeza del que lo otorga que de los méritos que pueda tener quien lo recibe. Por eso al escribirte estas líneas en realidad no te hablaré tanto de mí, que solo soy testigo y la primera beneficiaria de todas las gracias aquí descritas, sino que en cada línea te hablo de Dios, cuya contemplación es el torrente de alegría que inunda mi espíritu.

Tengo en cuenta también tus sufrimientos, y la enorme desproporción que hay entre la tarea a la que el Señor te invita y los medios de que dispones. Por eso he decidido narrarte mi vida, para confirmarte en los buenos propósitos que mi hijo Jesús ha sembrado en tu corazón, y para que no te desanimes cuando el camino pase por el valle del dolor. Quiero que sepas que yo estoy contigo y también que del cielo llegarán los medios para cumplir los buenos propósitos que del cielo proceden.

Voy a contarte pues cómo Dios entró en nuestra historia para quedarse, cómo se hizo uno de nosotros, y cuánta confianza nos ha tenido al asociarnos a tan portentoso proyecto. No diré, por otro lado, nada que te

sea del todo desconocido, pues toda esta historia la puedes encontrar dispersa en las páginas del Nuevo Testamento. Te sugiero que mientras leas estas líneas medites también esos pasajes del evangelio que sirven como telón de fondo a mis palabras. Alguna que otra cosa que aquí mencionaré ha sido también ampliamente explicada por el Magisterio de la Iglesia.

Como puedes ver, me limitaré a reunir en estas letras los principales acontecimientos de la historia de Dios en mi vida, que por su infinita misericordia ha transformado en historia de salvación para toda la humanidad. Apenas si haré mención de alguna circunstancia particular del mundo en que a ti te ha tocado vivir, limitándome a uno que otro comentario marginal. Te corresponderá a ti, mediante la oración y la meditación, extraer orientaciones que iluminen tu vida a partir de la contemplación de los acontecimientos con los que aquí te pongo en contacto.

Es la historia del poder y la misericordia infinitos de Dios, que hace proezas con su brazo. Un Dios que es todo amor y humildad, que levanta del polvo al desvalido, enaltece a los humildes y a los hambrientos los colma de bienes. ¡Santo es su nombre!

«LLENA DE GRACIA»

No te sorprenda que utilice esta expresión. A mí me llevó tiempo comprender y asimilar su significado. Así me llamó el ángel Gabriel en el momento de la Anunciación. ¡Cuántas horas me pregunté en presencia de Dios, qué querría decir semejante saludo! Hasta que comprendí la maravilla que, en atención a los méritos de mi hijo Jesús, había hecho Dios por mí. Es por su infinita misericordia que todas las generaciones me llaman bienaventurada.

Respecto a mi primera infancia no te puedo contar más que lo que a su vez a mi me contaron mis padres, Joaquín y Ana. Para ellos fue una gran alegría cuando a mamá se le empezaron a notar los signos del embarazo. A diferencia de otras mujeres que estuvieron en cinta antes o después, no padeció muchos achaques. Ellos solo hablaban de la felicidad que llenaba sus días en aquella época. Y es que aunque la historia de nuestro pueblo nos obligue a recordar momentos muy difíciles, entre nosotros cada niño por nacer es un motivo de gran esperanza.

Sabemos por una parte que Dios hace partícipes a los esposos de su acto creador, invitándolos a colaborar y ser testigos de un poder que es exclusivamente suyo, el de soplar el aliento de vida en el cuerpo pequeñísimo de cada nuevo hombre o mujer que aparece en el vientre materno; pero, por otra parte, la conciencia de los sufrimientos y humillaciones de las que era objeto nuestro pueblo nos hacía mirar a Dios, suplicándole que enviara ya a su Ungido, el que habría de sacar a Israel del valle de dolor en el que estaba hundido.

Yo creo que les pasa a todos los papás, pero los míos me veían con mucha ilusión, como si a través de mí, tan frágil y tan pequeña, Dios les enviara un gran mensaje de esperanza. Mi padre me decía que para él era yo como

una ventana abierta para que por ella entrara un torrente de luz en la noche del mundo.

No recuerdo que haya tenido dificultad especial para obedecer y estar compuesta en las cosas que lo requerían. El amor hacia mis padres era para mí casi un impulso. Éramos una familia grande, los hermanos de papá, los de mamá, sus hijos e hijas, o sea mis primos y primas, y también se tenía muy buena relación con los demás vecinos. Vivíamos entonces en Nazaret, un pueblo pequeño situado en Galilea. Allí cerca había algunas ciudades importantes a las que a veces iba papá por motivos de trabajo o también para conseguir algún material o instrumento. Alguna vez deben haber acudido también mis parientes para buscar a un médico que vivía en una de esas ciudades cercanas.

Muy pronto mi padre me introdujo en la oración y en el conocimiento de la Palabra de Dios, que era por así decirlo, el orgullo de nuestra comunidad. Unos años antes de que yo naciera se había construido una sinagoga y se la había dotado con algunos rollos en donde estaban escritas las palabras de los profetas. Matías, un anciano rico que había llegado a vivir entre nosotros había traído consigo un rollo completo con el texto del profeta Isaías y a su muerte lo dejó en herencia a la sinagoga para la oración de los sábados. Nuestros amigos de otras ciudades en apariencia más importantes, entre sorprendidos y molestos cuando venían a visitar a algún pariente le preguntaban cómo una aldea tan pequeña estaba tan bien dotada en lo referente a la palabra de Dios. Este prejuicio sobre nuestro pueblo, por ser pequeño, se haría presente también en la vida de mi hijo; hasta uno de sus amigos llegó a preguntarse al principio si podía salir algo bueno de Nazaret.

Papá me explicaba en casa la lectura que se había tenido en la sinagoga. Para las mujeres había un lugar especial y no siempre podíamos escuchar con detalle todas las explicaciones. A mí me empezaron a llevar

desde pequeña, y como vieron que no era motivo de distracción me siguieron llevando. En casa era siempre papá el que dirigía las oraciones, y con cuanta devoción lo hacía, era evidente que para él Dios no era solo una idea, sino una persona real que, aunque no vemos, está siempre a nuestro lado, en nuestra mente y en nuestro corazón, y la oración no era solo una costumbre aprendida y repetida mecánicamente, sino un encuentro con Él.

«Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu alma». ¡Cuánto fueron calando en mí estas palabras! Era como si desde siempre intuyera que yo debía vivirlas con toda radicalidad. Esto no lo decía, mucho menos a mis amigas, aunque sí procuraba que mis papás me orientasen para ir dando pasos hacia una fidelidad cada vez más plena al Señor, que se iba adueñando cada día más de mi mente y de mi corazón. Ellos me enseñaron el camino de los mandamientos, que es en definitiva, el camino del amor y de la misericordia.

Por lo demás era una niña normal, a la que le gustaban mucho los juegos y que sabía divertirse con sus amigas y amigos. Era el nuestro un ambiente de gran honestidad. Mientras jugábamos, los mayores charlaban, y no pocas veces abandonábamos los juegos para poder escuchar las historias que ellos repetían con pasión a la luz de las estrellas y al calor de una fogata, eran las historias de nuestros antepasados.

Mamá era sumamente diligente en las labores de la casa. También ponía mucha atención en enseñarme los distintos oficios. Cosa que después agradecí mucho, sobre todo en los momentos en los que escaseaban un poco los medios materiales. Cocinar, mantener limpia la casa, tejer, lavar, ir al pozo a traer el agua, acudir al molino de la aldea a moler el trigo y al horno para cocinar el pan, así como ir al mercado para comprar las

cosas necesarias para la comida, aquellas que no se podían guardar en casa porque el calor las echaba a perder, y luego atender a los animales: dar de comer a nuestro borrico, sacar a las ovejas a pastar, echar algunos granos a nuestras gallinas, todas esas eran tareas cotidianas, que solíamos intercalar con nuestros juegos, los rezos y los cánticos.

Aunque en algunas familias se cuidaba más la instrucción de los chicos, Joaquín y Ana siempre estuvieron de acuerdo en buscar la manera de que yo recibiera la mejor educación posible, siempre que no faltara a mis otros deberes y que me condujera con propiedad, me permitían también que acudiera a recibir lecciones a la casa de unos buenos amigos de nuestra familia. Ellos se ocupaban de la sinagoga, y todo mundo les veía con un gran respeto. Había una razón más que para nuestro pueblo tenía mucho peso: eran de la familia del rey David, uno de los personajes más importantes de nuestra historia. Sé que se mudaron de su natal Belén, en el territorio de Judá, a nuestra aldea por dos motivos: el trabajo y la protección. Como ya te dije, había mucho trabajo en las ciudades cercanas, y, como ellos eran carpinteros, tenían siempre muchos encargos.

Pero, por ser descendientes de David siempre estaban bajo la lupa de los gobernantes romanos y de sus aliados. Y eran también muy solicitados por quienes querían organizar algún golpe militar o alguna guerrilla. Por eso Jacob, junto con su esposa Estham y sus dos hijos, que deseaban vivir en paz y pasar un poco desapercibidos, se habían mudado a nuestra tierra. En Nazaret nacería el tercero de sus hijos. Aquí eran muy conocidos, pero más que nada por su sólida piedad, su gran generosidad, la honradez y la calidad de su trabajo.

Fue en su casa donde fui conociendo más a José, el mayor de los hijos. Entre su padre y mi padre se distribuían las lecciones y luego a nosotros nos tocaba ayudar a Cleofás y Alfeo, los hermanos pequeños de José,

a repasar las lecciones. Así es como José y yo fuimos cultivando una gran amistad. No sé exactamente cómo sucedió, pero estoy convencida de que, ya en aquella época, éramos el uno para el otro una norma de comportamiento: su presencia, incluso su solo recuerdo, me estimulaba mucho a tener presente a Dios y a desear con todo mi corazón ser muy fiel a su voluntad.

Nuestros padres entendieron muy pronto lo que esto significaba. José era unos años mayor que yo. Había aprendido no solo el oficio de su padre, sino que además conocía de memoria las oraciones y muchos pasajes de la Torá, pero no se limitaba a repetirlos, cuando se lo solicitaba me explicaba de una manera poco convencional el significado de aquellas expresiones. Éramos, ciertamente muy jóvenes, pero nos llamaba mucho la atención el pasaje de Isaías: «he aquí que la virgen está en cinta y dará a luz un hijo, al que pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir "Dios con nosotros"». Habíamos tratado de descubrir a quien se refería el profeta, pero los mayores, que conocían incluso los más mínimos detalles de la escritura y los transmitían como la verdadera herencia que podían ofrecernos, no sabían decirnos algún nombre en quien hubiese tenido cumplimiento la profecía. A nosotros nos quedaba claro que era una promesa en espera de su cumplimiento.

Lo del "tesoro escondido" del que hablaría Jesús en su predicación en realidad no se le ocurrió a él, sino que era un tema del que hablábamos frecuentemente José y yo. Juntos fuimos descubriendo cómo responder a una llamada que resonaba en lo profundo de nuestro corazón, una voz que cada día se dejaba oír con mayor nitidez, reclamando de nosotros una entrega total, exclusiva, definitiva de nuestro corazón a Dios. Sabíamos que solo estando juntos podíamos realizarlo.

A mí me sorprendía mucho cuando escuchaba a mis primas y a mis amigas contar cómo iban viviendo en aquellos años la relación con los chicos. A veces también

expresaban su incomodidad por la manera como éstos las veían y las trataban. Yo no podía menos que extrañarme, dado que mi relación con José era totalmente distinta: ni el más mínimo signo de sensualidad, ni mucho menos que él se sintiera con derechos sobre mí, como si pudiera algún día llegar a considerarme como algo de su propiedad, por el contrario: todo era ternura, limpieza y humildad. ¡Qué sencillos eran también nuestros gestos de cariño!

Mis amigas, por su parte, no podían a veces ocultar alguna sonrisa un tanto burlona cuando yo les contaba sobre mi amistad con José. Tengo que aclarar que en la mayor parte del tiempo libre del que disponíamos, lo pasábamos en grupo. En nuestro pueblo se disfrutan mucho las reuniones familiares, como ya te he dicho, unos platican, otras cocinan, mientras los más jóvenes jugábamos o platicábamos. Nada que ver con las imprudencias y las muchas ocasiones de ofender a Dios que abundan entre los muchachos de tu generación, pero ese es otro tema.

En fin, tú ya sabes, porque te lo han explicado en la Iglesia, que la relación entre José y yo estaba libre de la concupiscencia, que en atención a los méritos de mi Hijo Jesús, participé anticipadamente de los frutos de la redención y nací sin mancha alguna. Y Dios me ayudó para que a lo largo de mi vida no contaminara mi corazón con ningún tipo de pecado. Solo después de darle muchas vueltas, escuchando las explicaciones que en su momento me diera Jesús y repasándolas con la asistencia del Espíritu Santo después de Pentecostés logré comprender que este era el sentido de las palabras del ángel Gabriel. Pero procuré no hablar de ello, sabía que el mismo Espíritu en el momento oportuno haría que todo esto se comprendiera, porque sería necesario para que se entendiera bien quién era Jesús. Ahora bien, yo intuía que a José se le había dado algún regalo si no idéntico, por lo menos similar. Digamos que mi sospecha recibía una

especie de confirmación al meditar cómo al precursor, es decir, a Juan, sobrino mío, se le había concedido la gracia antes de su nacimiento. Siempre he estado convencida que la misión de José fue por mucho más grande que la de aquel que había de señalar a Jesús ante su pueblo. Pero no voy a seguir hablando de un tema que la Providencia todavía no ha tenido a bien sancionar a través de la autoridad de la Iglesia.